

PENSAMIENTOS Y SENTIMIENTOS SOBRE EL MAL DE LA ESCLAVITUD

Una ley y una manera serán para vosotros,
y para el extranjero que morare entre vosotros;
y, por tanto, todas las cosas que queráis
que los hombres hagan con vosotros,
hacedlas también vosotros con ellos.

Números 15:16 — Mateo 7:12.

Ya que varios caballeros eruditos de distinguidas habilidades, así también eminentes por su gran humanidad, liberalidad y candor, han escrito diversos ensayos contra ese infame tráfico de esclavos africanos, su comercio con colonos y mercaderes de las Indias Occidentales, para la gran vergüenza y deshonor de todas las naciones cristianas dondequiera que se admita, en cualquiera de sus territorios, o en cualquier lugar o circunstancia entre ellas; no será inapropiado que yo reconozca a estos verdaderamente dignos y humanos caballeros, con el más cálido sentimiento de gratitud, por sus benéficos y loables esfuerzos hacia la total supresión de ese infame e inicuo tráfico que roba, secuestra, compra, vende y cruelmente esclaviza a los hombres.

Aquellos que han intentado restaurar a sus semejantes los derechos comunes de la naturaleza, de los cuales, especialmente, el pobre y desafortunado Pueblo Negro ha sido tan injustamente privado, no pueden dejar de encontrar el aplauso de todos los hombres de bien, y la aprobación de

lo que por siempre redundará en su honor, pues cuentan con el respaldo de lo divino: Abre tu boca, juzga con justicia, defiende la causa del pobre y menesteroso; porque el generoso pensará generosidades, y por generosidad será exaltado. Y pueden decir con el piadoso Job: ¿No lloré yo al afligido?

Y mi alma, ¿no se entristeció sobre el menesteroso?²

Los esfuerzos caritativos de muchos caballeros de buena voluntad y humanidad contra el inicuo tráfico de esclavos y la opresión, han traído mucho bien a muchos, y deben redundar en gran honor para ellos, para la humanidad y para su país; sus loables esfuerzos han producido los efectos más benéficos para prevenir la ocurrencia de esta salvaje barbarie en territorios libres de nuestra patria. En esto, como en muchos otros aspectos, existe una clase de personas (cuyas virtudes de probidad y humanidad son bien conocidas) que son dignas de aprobación universal y de imitación, porque, como hombres de honor y humanidad, han acordado conjuntamente no permitir la esclavitud ni la salvaje barbarie entre ellos; y, desde la última guerra, se ha logrado cierta mitigación de la esclavitud en algunos distritos de América, aunque no en proporción al alarde de sus reclamos de libertad; pero es de esperarse que continúen avanzando hacia una reforma mayor y más profunda. No obstante, a pesar de todo lo que se ha hecho y escrito en su contra, esa brutal barbarie y esa injusticia sin parangón, aún continúa llevándose a cabo en gran medida en las colonias, y con la misma avidez de siempre, tan insidiosa, cruel y opresiva. Cuanto más tiempo los hombres persisten en la práctica del mal

2 La primera cláusula es cita de Proverbios 31:9; la segunda, de Isaías 32:8. Las palabras de Job corresponden a Job 30:25.

y la crueldad, más se corrompen; pues nada en la historia puede igualar la barbarie y la perversión de las torturas y los asesinatos cometidos según diversas excusas en la esclavitud moderna, salvo los anales de la Inquisición y los sangrientos edictos de las masacres papistas.

Es por lo tanto manifiesto que aún debe hacerse algo más; y lo que se requiere es, como el evidente deber imperioso de todos los hombres de entendimiento iluminado, y de todo hombre que reclame o sea afín a llamarse cristiano, que el trato vil padecido por los esclavos africanos debe ser abolido; y es además evidente que el todo o cualquier parte de ese inicuo tráfico de esclavos no puede ser admitido en ninguna parte, ni en grado alguno, salvo entre aquellos que eventualmente deben renunciar a su propia pretensión de cualquier grado de sensibilidad y humanidad, por la de los bárbaros y rusos.

Sería innecesario, empero, desplegar una historia de todo el trato vil al que los esclavos africanos son sometidos, con el fin de mostrar la extrema perversión y maldad de ese insidioso tráfico, ya que todo ello aparece fácilmente en cada parte, y desde cada ángulo, como completamente enemigo de toda idea de justicia, equidad, razón y humanidad. Lo que pretendo exponer contra ese malvado, criminal y perverso tráfico que esclaviza a los hombres, son solo algunos Pensamientos y Sentimientos que me surgen, siendo evidentes en las Escrituras de la Verdad Divina, o en tales argumentos que principalmente se deducen de ellas, con otras observaciones que he podido recoger. Algunas de estas observaciones pueden llevarnos a un campo más amplio de consideración, además del Comercio de Esclavos Africanos; pero dondequiera esas

causas se originen, y devengan en la esclavitud, los efectos malignos que produce deben mostrar que su origen y fuente son de una naturaleza malvada y criminal.

Ninguna necesidad, ni ninguna situación de los hombres, por pobres, miserables y desdichados que sean, puede justificar que roben a otros, ni que los obliguen a convertirse en ladrones, solo porque son pobres, miserables y desdichados. Mas los ladrones de hombres, los secuestradores, cazadores y amos esclavistas, que arrebatan los derechos y privilegios comunes de otros para sustentarse y enriquecerse, son universalmente esos miserables y detestables malhechores; pues entrapar a otros, y arrebatárles su libertad por medio de la esclavitud y la opresión, es el peor tipo de robo, el más opuesto a todo precepto y mandato de la Ley Divina, y contrario a ese mandamiento que ordena que todos los hombres deben amar a sus semejantes como a sí mismos³, y hacer a los demás lo que quisieran que los hombres les hicieran a ellos⁴. En cuanto a las otras leyes que los amos esclavistas puedan crear entre sí, respecto a los esclavos, no pueden ser de mejor clase, ni de mejor naturaleza, que lo que implica el dicho común: puede haber algo de honestidad entre ladrones. Esto puede parecer una comparación severa, pero el paralelismo es tan evidente que debo decir que no encuentro otro modo de expresar mis Pensamientos y Sentimientos, sin recurrir a palabras y comparaciones drásticas contra los perpetradores de tan insensata maldad. Mas, en esta pequeña empresa, debo humildemente esperar que el lector imparcial disculpe tales defectos que puedan surgir de la

3 Levítico 19:18.

4 Mateo 7:12.

falta de mejor educación; y en cuanto al resentimiento de aquellos que pueden aplicar su cruel látigo a las espaldas de miles, por crímenes mil veces menores que el escribir contra su enorme maldad y brutal avaricia, estoy seguro de que vendrá a mi encuentro.

Sin embargo, no puede sino ser muy desalentador para un hombre de mi complexión, en un intento como este, enfrentarse a las maliciosas calumnias de algunos hombres, quienes dicen: "Que un africano no tiene derecho a ningún grado competente de conocimiento, ni es capaz de imbuirse de ningún sentimiento de probidad; y que la naturaleza lo diseñó para ser algún eslabón inferior en la cadena, apto solo para ser esclavo". Cuando me encuentro, empero, con aquellos que no tienen escrúpulos en tratar a la especie humana como a las bestias de la tierra, debo pensar que no son solo brutos, sino malvados y vulgares, y que sus calumnias son insidiosas y falsas. Y si tales hombres pueden jactarse de mayores y mejores conocimientos que los que cualquier africano pueda tener, les dejaré disfrutar de todas las ventajas de ello sin envidia, pues temo que solo consisten en una mayor cuota de impiedad, mucho más oscura que el superficial color de la piel. Y si su complexión no es la que supongo, al menos es la que más se asemeja a un tono infernal. Un buen hombre no hablará ni actuará como un mal hombre; pero si un hombre es malo, no hace diferencia si es un diablo negro o blanco.

Por algunos de tal complexión, sin que importe si blanca o negra, fui arrebatado de mi tierra natal a una edad temprana, junto con unos dieciocho o veinte niños y niñas más, mientras jugábamos en un campo. Vivíamos a

solo unos pocos días de viaje de la costa donde fuimos secuestrados, y, engañados y arriados, pronto nos llevaron a una factoría, y desde allí, conforme a la habitual forma del tráfico, fuimos enviados a Granada. Tal vez no esté de más hacer algunos comentarios, como una especie de relato sobre mí mismo, acerca de esta transposición de cautiverio.

Nací en la ciudad de Agimaque, en la costa de Fantyn⁵; mi padre era compañero del jefe de esa parte del país de Fantee, y cuando el viejo rey murió, me quedé en su casa con su familia. Poco después me llamó su sobrino, Ambro Accasa, quien sucedió al viejo rey en la jefatura de esa parte de Fantee conocida con el nombre de Agimaque y Assinee. Viví con sus hijos, disfrutando de paz y tranquilidad durante unas veinte lunas, lo que, según su manera de contar el tiempo, equivale a dos años. Me enviaron a visitar a un tío que vivía a una considerable distancia de Agimaque. El primer día, después de salir, llegamos a Assinee, y al tercer día arribamos a la morada de mi tío, donde viví unos tres meses. En ese tiempo pensaba en regresar a la casa de mi padre y mi joven compañero en Agimaque; pero para entonces ya me había hecho buen amigo de algunos de los niños de los cientos de parientes de mi tío, y pasábamos días demasiado aventurados yendo al bosque a recoger frutas, cazar pájaros y disfrutar de aquellos pasatiempos que nos complacían. Un día me negué a ir con los demás, pues sentía cierta aprensión de que algo malo pudiera ocurrirnos; hasta que uno de mis compañeros me dijo que, como pertenecía a los grandes hombres, temía arriesgarme, o temía al bounsam, que es

5 Región en la actual República de Ghana.

el diablo. Esto me enfureció tanto que tomé la resolución de unirme a los demás, y fuimos al bosque como de costumbre; pero no habíamos estado más de dos horas cuando comenzaron nuestros problemas, pues varios rufianes enormes nos sorprendieron y dijeron que habíamos cometido una falta contra su señor, y que debíamos ir a responder por ella ante él.

Algunos de nosotros intentamos en vano huir, pero pronto nos mostraron pistolas y cuchillos, amenazándonos con que, si intentábamos movernos, todos caeríamos muertos allí mismo. Uno de ellos fingió ser más amigable que los demás y dijo que hablaría con su señor para liberarnos, y nos pidió que lo siguiéramos. Inmediatamente nos dividieron en diferentes grupos y nos hicieron marchar tras él. Pronto nos alejaron del camino que conocíamos, y hacia la tarde, al llegar a la vista de una ciudad, nos dijeron que ese gran hombre vivía allí, pero fingieron que era demasiado tarde para verlo esa noche. A la mañana siguiente, llegaron tres hombres más, cuyo idioma era distinto al nuestro, y hablaron con algunos de los que nos custodiaban durante la noche. El que pretendía ser nuestro defensor frente al gran hombre, y algunos otros, ya se habían ido. Les preguntamos a nuestros guardianes qué habían estado diciendo esos hombres, y nos respondieron que les habían propuesto que fuéramos a comer con ellos ese día, y que debíamos posponer nuestra visita al gran hombre hasta después, sin sospechar que nuestro destino estaba ya tan cerca, ni que estos villanos tenían la intención de hacer de nosotros su presa. Volvimos a seguirlos otra vez en un viaje que llevó la mitad del día, hasta que llegamos a una gran multitud de gente que tocaba

música variada; y todo el día siguiente lo pasamos muy alegres con la música, bailando y cantando. Hacia la tarde, nuevamente nos convencieron de que no podríamos regresar al lugar donde vivía el gran hombre hasta el día siguiente; y cuando llegó la hora de dormir, nos separaron en distintas casas con diferentes personas. A la mañana siguiente, pregunté por los hombres que me habían llevado allí y por el resto de mis compañeros, y me dijeron que habían ido al mar a traer ron, pólvora y armas, que algunos de mis compañeros los habían acompañado, y que otros habían ido al campo a hacer algo. Esto me dio una fuerte sospecha de que había alguna traición en todo esto, y empecé a pensar que mis esperanzas de regresar a casa estaban perdidas. Pronto me sentí muy inquieto, sin saber qué hacer, y me negué a comer y beber durante varios días, hasta que el hombre de la casa me dijo que haría todo lo posible para enviarme de regreso a mi tío; entonces comí un poco de fruta con él, y pensé que probablemente me buscarían, pues ya llevaba ausente de la casa cinco o seis días. Preguntaba todos los días si los hombres habían regresado, y por el resto de mis compañeros, pero no recibía respuesta alguna que me diera satisfacción. Estuve unos seis días en esa casa, y por la tarde llegó otro hombre que habló largo rato con él, y escuché que uno le decía al otro que debía irse, y el otro respondía que cuanto antes, mejor. Ese hombre salió y me dijo que conocía a mis parientes en Agimaque, que debíamos partir al día siguiente y que él me llevaría allí. Así que partimos al día siguiente, y viajamos hasta caer la noche, cuando llegamos a un lugar donde cenamos y dormimos. Llevaba una gran bolsa con algo de polvo de oro, que decía que traía

para comprar mercancías en la costa y llevarlas a Agimaque. Al día siguiente continuamos nuestro viaje, y por la tarde llegamos a una ciudad, donde vi a varios hombres de tez blanca, lo cual me llenó de miedo, pues temía que me comieran, según la idea que teníamos de niños en las tierras del interior del país. Esto me inquietó profundamente toda la noche, y a la mañana siguiente me trajeron algo de comida, instándome a comer con prontitud, pues mi guía y secuestrador me dijo que debía ir al castillo con unos compañeros que se dirigían allá, como él me había dicho antes, para obtener ciertos bienes. Después de ser conducido fuera, los horrores que pronto vi y experimenté no pueden ser bien descritos; vi a muchos de mis desgraciados compatriotas encadenados de dos en dos, algunos con las manos esposadas, y otros con las manos atadas detrás. Fuimos escoltados por una guardia, y al llegar al castillo, le pregunté a mi guía por qué me habían traído allí, y él me dijo que para aprender los modos de los browfow, es decir, los hombres de cara blanca. Vi cómo él tomaba un fusil, un pedazo de tela, y algo de plomo para mí, y luego me dijo que debía dejarme allí, y se marchó. Esto me hizo llorar amargamente, pero pronto me condujeron a una prisión, donde permanecí tres días, oyendo los gemidos y gritos de muchos, y vi a algunos de mis compañeros cautivos. Cuando un barco llegó para conducirnos hacia la nave, se presentó una escena de lo más espantosa; no se oía otra cosa que el estrépito de las cadenas, los azotes de los látigos, y los gemidos y gritos de nuestros semejantes. Algunos no se movían del suelo cuando eran azotados y golpeados de la manera más horrible. He olvidado el nombre de esta fortaleza infernal; pero fuimos llevados

en el barco que vino por nosotros hacia otro que estaba a punto de zarpar desde Costa del Cabo. Cuando fuimos introducidos en la nave, vimos a varios mercaderes negros que subían a bordo, pero todos fuimos empujados a nuestros rincones, sin que se nos permitiera a hablar con ninguno de ellos. En esta situación continuamos varios días acercándonos a nuestra tierra natal; pero no pude encontrar a ninguna persona de buena voluntad que le llevara información sobre mi situación a Accasa en Agimaque. Y cuando finalmente nos encontramos ya alejados de todo, la muerte nos parecía preferible a la vida, y se concertó un plan entre nosotros para quemar y volar el barco, y perecer todos juntos en las llamas; pero fuimos traicionados por una de nuestras propias compatriotas, que dormía con algunos de los hombres principales del barco, pues era común que los sucios, asquerosos marineros tomaran a las mujeres africanas y yacieran con ellas, mientras que los hombres estaban encadenados y recluidos en agujeros. Eran las mujeres y los niños los que debían prender fuego al barco, con la aprobación y los gemidos de los demás; aunque esto fue impedido, el descubrimiento del plan fue igualmente una escena cruel y sangrienta.

Sería innecesario, empero, dar una descripción de todas las escenas horribles que presenciamos, y del trato infame que sufrimos en esa terrible situación de cautiverio, pues son bien conocidos los casos similares de miles que padecen por este tráfico. Basta con decir que así me perdieron mis queridos e indulgentes padres y parientes, y yo a ellos. Todo mi consuelo fueron gritos y lágrimas, y estos no pudieron ser de ningún provecho; mi sufrimiento duraba hasta que una nueva pena y un

miedo aún mayor lo renovaba. Arrancado de un estado de inocencia y libertad, de una manera bárbara y cruel, fui conducido a un estado de horror y esclavitud; esta terrible situación puede concebirse más fácilmente que describirse. Desde el momento en que fui secuestrado y llevado a una factoría, y desde allí, por el vil y bajo, pero acostumbrado camino del tráfico, destinado a Granada, los pensamientos penosos que entonces sentí aún laten en mi corazón, aunque mis temores y lágrimas ya se han calmado hace mucho tiempo. Y, sin embargo, sigue siendo doloroso pensar que miles más han sufrido angustias similares o mayores a manos de ladrones bárbaros y crueles capataces; y que muchos, incluso ahora, están sufriendo las penas y dolores más amargos, aquellos que ningún lenguaje puede describir. Los gritos de algunos y la imagen de su padecimiento pueden verse y oírse a lo lejos; pero los profundos y resonantes gemidos de miles, y la gran tristeza de su miseria y aflicción, bajo la pesada carga de las opresiones y calamidades que se les imponen, son tales que solo pueden ser reconocidos claramente por los oídos de Jehová Sabaoth⁶.

Este Señor de los Ejércitos, en su gran Providencia y con gran misericordia hacia mí, abrió un camino para rescatarme de Granada. En este espantoso cautiverio y horrible esclavitud, sin esperanza alguna de liberación, durante unos ocho o nueve meses, presencié las escenas más aterradoras de miseria y crueldad, y vi a mis pobres compañeros ser salvajemente azotados y, por así decirlo, cortados en pedazos, por las faltas más triviales; esto me

6 Uno de los nombres bíblicos de Dios, que puede traducirse como "El Señor Todopoderoso".